

FUNDACIÓN IDEAS PARA LA PAZ



Desde adentro

Número 1 / febrero de 2006

Los mochos de Ralito

Juan Carlos Guardela

Santa Fe de Ralito cuenta con unos 1.200 habitantes, cien viviendas, casi todas hechas de palma y tablas, y unos 100 cerdos a los que los paramilitares les tienen prohibido salir de sus chiqueros en determinadas horas del día y estos, muy orondos, pareciera que entendieran el toque de queda porcino porque desde hace dos años es muy difícil encontrárselos por las calles. La mayoría de sus habitantes son evangélicos y a cada convertido le toca la tarea de evangelizar a uno de los 400 paracos que se encuentran radicados allí. Todos dirigidos por Eliécer Guevara, un pastor que no vive del diezmo de los congregados sino de las labores en el campo. Así que debajo de las grandes contingencias hay, día a día, escaramuzas espirituales acaso más intensas que cualquier colisión.

Parece ser que esta es una población de utópicos asustados en la que el tiempo se resiste a pasar y se pueden ver todavía, en algunos rincones, divanes para cuajos, zarzos, ceretas y cafongos. Por la candidez de sus gentes se entiende que lo mejor del mundo rural se aferra todavía a estas calles encrespadas de barro, pero que todo está siendo disminuido por la muerte.

En el siglo pasado estas tierras pertenecieron a una mujer llamada María Yances quien tenía tantas que iba más allá de los límites de la Zona de Ubicación. Hoy una de sus nietas, María Fabra, sólo tiene una pequeña tienda que no supera los tres metros cuadrados y cuyos hijos son campesinos. María Fabra está feliz hoy porque, según ella, tiene la oportunidad de hablarles de Dios y del perdón todos los días a estos muchachos que llegan a su tienda a comprarle (a la mayoría fiado hasta fin de mes) con sus AK 47 cruzados a la espalda y sus cinturones repletos de granadas. María se refiere a "su" comandante como si se tratara de un vástago suyo. *"La batalla no está después de la muerte sino acá, en la vida. Es acá donde tenemos que acabar con los problemas de tener un corazón sucio. De nada vale el ayuno si no tienes misericordia"*. María Fabra abre una Biblia envejecida y achica sus ojos para decir su admonición: *"Y oiréis de guerra y de rumores de guerra; mirad que no os turbéis, porque es necesario que todo acontezca; pero aún no es el fin, Mateo 24:6. Es por eso que yo no me asusto"*.

Llueve y Santa Fe de Ralito está empantanado. A pocos metros de la sede está una calle que se podría llamar Calle Real porque todo converge en ella y en una de sus esquinas hay una gran troja con techo de palma, mesas de billar solitarias, un inmenso aparato de sonido en reposo, al fondo unos gallos y una pared llena de avisos de cerveza. En el ambiente hay humo que sale de los fogones de los patios vecinos que luchan contra el sereno. En unas varas cuelgan parlantes pequeños. Tres hombres con pantalones camuflados descoloridos y camisetas negras miran hacia el billar solitario desde la puerta del pabellón de sanidad que tiene una bandera de Colombia. Cuando los saludo preguntándoles cómo están, uno de ellos responde: *"Estamos mochos, aquí todos estamos mochos"*.

Se trata de dos bohíos grandes que albergan más de sesenta discapacitados que han sido mutilados por las minas antipersona y heridos en combate. Allí un grupo fabrica las prótesis que otros usarán. Cuentan que algunos, como terapia, deciden hacerlas con sus manos.

Algunos de los mutilados protestan por el maltrato del frío sobre sus huesos y muñones.

En la primera litera está alias 'Oliver', tiene 27 años y es de Pailitas, Cesar. Cuenta que el grupo al que

pertenecía perseguía a la guerrilla por un camino de La Gabarra, Norte de Santander: *"A eso de las tres de la tarde empezó la cosa. La guerrilla estaba en loma y nosotros por la trocha abierta. Desde arriba disparaban de vez en cuando. Éramos unos sesenta hombres y la guerrilla, que tenía menos, retrocedía dejando minas. Uno cree que se las sabe todas y más cuando ha estado en muchos combates pero a veces los guerrillos camuflan muy bien las minas. Yo, a pesar de que vi el bultito de tierra, no pude esquivarla. Es muy raro, se oye no más el estropicio y se siente una presión en el pecho pero no se sabe si la cosa fue con uno o con el compañero. Uno reacciona como a los cinco minutos. Y ahí es cuando se da cuenta uno de que lo fregaron".*

'Oliver' sintió entonces un calor en la parte por donde la mina lo golpeó y el olor de su propia sangre. Le abrieron el camuflado para limpiarle, la herida iba desde el tobillo hasta más arriba de la rodilla, la carne estaba abierta. Vio que tenía unas tiras de carne llenas de pólvora y que ésta le había quemado el hueso. *"Todo eso no duele, uno está aturdido del golpe y no oye nada. Uno es blandito. Mientras tanto desde arriba nos hacían tiros. Por las caras de los compañeros vi que la cosa estaba maluca. Me envolvieron la pierna en trapos. Me sacaron a un sitio más seguro en una hamaca y ahí empezó el dolor. Me cuidaron para que no tomara líquidos, me quitaron toda la ropa de combate. Me atendieron a las nueve de la mañana del día siguiente".*

A 'Oliver' lo metieron de urgencia a una clínica en Cúcuta y sus compañeros dijeron que era un labriego que por accidente había pisado una quiebrapatas. En ese centro hospitalario vio cómo le cortaron los tejidos que le habían quedado colgando, sobretodo los dedos y gran parte del talón. *"Mi pierna parecía una caña abierta y la cosieron toda. Una semana después me trajeron en taxi hasta Montería y de ahí hasta acá, a Santa Fe de Ralito. Me acostumbé a la prótesis que yo mismo hice. Primero me produjo vejigas pero ya camino normal. Yo no le echo la culpa a nadie".*

Alias 'Enrique' es de Montería. Tiene 27 años y parece de 45, tiene una barba descuidada y expele un olor a pomada Vick VapoRub. *"Llegaban y pedían que les hicieran comida. Mis dos tíos aceptaron varias veces. Después de un mes les dijeron que se fueran de las tierras, pero mis tíos decidieron quedarse. Terminaron matándolos, los echaron en el aljibe. Tenía 13 años y me tocó con mi hermano mayor sacarlos. El agua quedó como sanguaza. Eso nunca lo olvido. A los 18 años entré al Ejército, pero prácticamente no se enfrenta a la guerrilla. Después me metí en problemas y deserté para acá, y no es como en el Ejército, nosotros les damos duro a esos malparidos. Antes en Santa Fe de Ralito abundaba la guerrilla. Una vez mataron a diez policías que estaban desarmados. Los repartieron a lado y lado del pueblo para asustar a la gente. A los niños entre 13 y 16 años se los llevaron. Pero vinieron las Autodefensas y la cosa cambió."*

"Pisé la mina en La Gabarra. Mi mamá y mi hija un día me visitaron aquí en Santa Fe de Ralito. Fue muy duro para mi mamá que se desmayó cuando me vio mocho. Mi hija sí no entendió nada. Yo les dije que algún día esto tenía que pasarme y que debíamos dar gracias porque estaba vivo. Creo que el hombre que va a la guerra no muere. Pero no puedo trabajar en ningún lado. Así que es mejor estar aquí."

El 'Comandante 08' interrumpió en su trabajo a Kenia Bula, una hermosa psicóloga de 26 años contratada por la Gobernación de Córdoba que se encarga de prestar atención psicológica a los heridos. '08' es un hombre de unos 50 años vestido con camuflaje impecable que porta una 9 mm plateada al cinto, aparatos de comunicaciones, mirada fría, y fue hasta hace algunas semanas comandante de la Zona de Ubicación. Hoy dirige el hospital de campaña. A '08' lo acompañan 'Pecoso', un jaguar de 8 meses y 'La Negra', una Rotweiler. Este comandante usa colonia Hugo Boss y el aroma se extiende por todo el recinto: *"Mire doctora –le dice suave a la psicóloga, pero sin dejar el aire de admonición– yo sé que ustedes son unos profesionales y todo lo demás, pero le pido que trate a estos hombres como lo que son: unos hijos-de-mala-leche. Trátelos como a unos hijoeputas, no me les de ningún mimo, usted no tiene ni idea de lo que han hecho".*

La psicóloga no tuvo otra opción que el silencio.

El paciente al que atiende Kenia es 'Carlitos', un joven de 16 que entró a los paras a los 13 años y que ante la máxima de '08' suelta una risita de hombre amonestado. 'Carlitos' se anima y habla luego de irse el comandante: *"Yo nunca me arrepiento de lo que hice. Seguiré siendo paraco, aquí y donde sea".*

'Carlitos' es rubio y tiene una cobertura blanquecina y gruesa instalada en sus ojos otrora azules. *"Estaba patrullando y tempranito pisé la mina. Lo que me dolió fue que fallé porque lo más importante es que uno regrese completo. La mina no me partió las piernas sino que me enterró tierra y pólvora en la cara y los ojos"*.

Por cuenta de los paramilitares a 'Carlitos' se le hizo un trasplante de córnea y otro de retina en dos ciudades distintas, pero fueron fallidos. Hoy camina por todo Santa Fe de Ralito *"fumando y con la pensadera todo el día, aunque en las fiestas yo bailo bastante"*. A veces recibe la llamada de un hermano desde Cúcuta por el que supo hace ya un tiempo que sus padres habían muerto. Ahora espera poder trabajar en una serviteca, ya que un instructor del SENA le está enseñando a reparar motocicletas sin usar los ojos.

"La mayoría, dice Kenia Bula, poseen personalidades puramente antisociales y disociales. Presentan duelos no resueltos, incluso hay algunos que están haciendo el duelo de sus propias víctimas, aunque lo escondan. No han podido superar el trauma de la discapacidad, tienen algún grado de resentimiento con el resto de sus compañeros. Hay días en que sus emociones varían de la extrema tristeza a la total euforia. Todo esto se agrava por el abuso del alcohol. Una cosa frecuente es que no tienen un proyecto de vida definido". La psicóloga sólo puede ir a la Zona dos veces por mes y los pacientes que necesitan atención superan los cien.

Alias 'Enrique' es uno de los que no puede levantarse de la litera, tiene quemaduras en brazos y piernas. Desde su puesto se puede ver el horizonte de muñones y literas como si se estuviera viendo una extensión ruinosa.

"Estaba con un grupo de 100 hombres cuidando unas 'matas' en el Alto del Suspiro en Santander, a sólo media hora del enemigo. Llegamos más abajo, hasta el corregimiento de San Martín, una zona de mayor confianza, una zona de 'relajo', como le decimos a las poblaciones amigas. Esperamos que el Ejército atacara primero a la guerrilla. A los dos días nos avisaron que podíamos entrar para retomar la zona. Pero cuando entramos la guerrilla nos esperaba. En una de esas pisé una mina, pero con tan buena suerte de que estalló sólo el estopín. En la maleza me puse a orar. A otros compañeros también les pasó lo mismo. No sabíamos si era que se habían equivocado o si lo habían hecho intencionalmente para que retrocediéramos y nadie saliera herido. Entramos con fuerza pero cometimos un error: cocinamos. Y por el humo supieron nuestra ubicación. Dispararon cinco cilindros-bombas, pero no tuvieron tino. El susto fue grande. Nos escondimos, pasamos dos días en la maleza subiendo con cuidado y comiendo mosquitos a la lata".

"Ellos sufrieron bajas y dejaron en la retaguardia a un muchacho de unos 16 y a un señor. Un compañero y yo estábamos de frente y al vernos nos dispararon con pistolas, pero cuando soltamos la primera ráfaga salieron corriendo. Me di cuenta de que el muchacho –debió ser por el miedo– se iba riendo, como si estuviera jugando. El muchacho se perdió, pero el señor se quedó de pie y lo capturamos. Al rato salió el muchacho. Lo habían cogido los compañeros y ya le tenían la boca rota, pero seguía riéndose".

"Empezamos a convencerlos para que se vinieran con nosotros y que si colaboraban les perdonábamos la vida. El muchacho dijo que colaboraba después de dos o tres dientes rotos. Pero el señor se paró de frente y sacó pecho: que era mejor que lo mataran. Era bravo el tipo. Y me daba 'lora' diciéndome que yo era un asesino y que yo estaba siendo utilizado y que yo tal cosa. Tanto me pidió que lo matara hasta que lo hice".

"Seguimos buscando. A media tarde pisé la mina. Antes del relámpago, cuando hundí el pie y sentí que la cosa se venía, tuve el ansia de que reventara nomás el estopín, pero lo que sentí fue el reventón. No perdí el conocimiento y miré abajo: las piernas sólo estaban deshollejadas por la pólvora, sin embargo el totazo lo cogí en el brazo y las manos, el camuflado quedó hecho ripios".

Antes de que sacaran a 'Enrique' de la zona pudo ver en los ojos del joven guerrillero la sorna y la venganza revuelta. Enseguida gritó con todas sus fuerzas diciendo que había sido él quien había puesto las minas. *"Los compañeros me dijeron que le iban a dar "materile". Después de San Martín me llevaron a Caracolí, y*

de ahí en ambulancia para el Norte de Santander. A los dos días me compliqué porque un pedazo de tela se me había incrustado en la carne y se quedó pegado en el hueso. Casi me da gangrena. Hace cuatro meses y medio que no entro en combate."

Un muchacho de unos 15 años con un sombrero de campaña y suéter chino se acercó con excesiva confianza y me dijo que es él quien los acompaña a beber en las poblaciones y está pendiente de las muletas y aparatos ortopédicos que empeñan en las cantinas. Luego rogó a 'Enrique' que le dejara oír el casete. En seguida éste, tratando de no lastimarse las heridas de las manos, sacó con sumo cuidado de debajo de su litera un tarro de avena, un talco medicinal, varias cajetillas de cigarrillos y un envoltorio de plástico que una vez abierto resultó ser una grabadora mediana en donde estaba metido un casete. En seguida la encendió, no sin antes advertirle al muchacho que tenía muy poca batería.

El muchacho se inclinó hacia la grabadora como si hubiera descubierto un tesoro. Lo que se oyó al principio fue algo como un bulto pesado que se dejaba caer. Luego un silbido tratando de interpretar un porro indefinible, lejano, era un chiflido algo descuidado, acaso lleno de resignación. Después vino un silencio, que fue la antesala de una indescriptible algarabía de explosiones de tanto ardor que emocionó a 'Enrique' y al muchacho. Al fondo de la algarabía se oían gritos, órdenes, injurias. 'Enrique' miró al aire tratando de hallar algo en su memoria.

"Esta fue una vez en El Tarra, entre la vía de Convención a Ocaña, en Norte de Santander, a un compañero que cayó en ese combate se le ocurrió grabar la cosa. Cuando lo encontramos nos dimos cuenta de que lo habían tirado durísimo. Desde hace meses estoy tratando de oír el momento en que lo hicieron. Si uno le para bolas se oye el golpe de la bala cuando entra al cuerpo. La muerte es un misterio, ¿verdad?"

Según 'Enrique' este hombre escribía cosas en sus ratos libres y luego de su muerte, él y sus compañeros las leían con respeto. *"El hombre se metió a paraco porque la novia lo dejó. Cuando regrese al combate yo también voy a llevar mi cuaderno"*.

Las palabras de 'Enrique' confirman las especulaciones de la psicóloga Kenia Bula: *"Yo me metí a esto porque mataron a mi papá. Y la verdad era que les tenía miedo. Pero cuando uno sale bien del primer combate no le tiene miedo a nada. No tenía mucho tiempo cuando agarramos a unos 20. No sé si se era una prueba a ver hasta dónde era capaz y yo dije que sí. Estábamos cerca de un pueblo de guerrillos y tuvimos que hacer el trabajo a bate. Les dije a todos que podía y lo hice, maté a 14. Uno tras otro. Me demoré toda una mañana. A mi no me importaba si soltaban información, lo que quería era matarlos. Me los fueron amarrando a una cerca, de uno en uno. Algunos estaban heridos y sabían lo que les iba a pasar; otros estaban intactos. Cuando iba por el tercero o cuarto ya sabía cómo aporrearles. Pero ninguno habló aunque lloraron y se mearon. Terminé cansado. Por eso nunca me pusieron a dirigir a un grupo. Así fue mejor, porque soy muy azorao. Yo nunca me pongo a pensar en todas esas cosas porque quizá me entren locuras"*.

Uno de los hombres salió desnudo del baño y sus compañeros, desde sus literas, empezaron a gritarle vivas y a aplaudirle como si se tratara de una reina; éste de inmediato empezó a bromear como si estuviera desfilando en una pasarela. Su desfile estaba notablemente afectado por un baile de sambito. Trastabillaba. Hacia gestos espectrales. El hombre tiene unos 30 años y una cicatriz impresionante en la cabeza. Desfiló bromeando desnudo un buen trecho mientras a lado y lado continuaba la rechifla. Al dar la vuelta dejó ver un desfigurado tatuaje en la espalda e inmensas cicatrices en la nuca que le llegaban hasta el cráneo. Al darse cuenta que en el fondo del recinto había gente diferente a sus compañeros se envolvió raudamente en una toalla azul. Su vergüenza hizo que sus camaradas redoblaran sus carcajadas y bromas. Era 'El Furia', quien en las Navidades de hace dos años recibió una ojiva de fusil en la cabeza y quedó vivo de milagro.

Alias 'Enrique' estuvo en la escena y la cuenta: *"Éramos unos trescientos. Teníamos un comandante bravísimo que llamábamos 'El Brujo'. Ese man no le tenía miedo a nada. Se paraba de frente y atacaba sin caer. Manejaba la 0.60 y se le encendían los ojos. 'El Furia' era su C4 (su escolta) y también braveaba. Pero un 26 de diciembre a 'El Furia' se le ocurrió estar pegado a él cuando empezara la cosa. Nunca entendimos qué fue lo que pasó. En un momento en que se levantó 'El Brujo' soltando las ráfagas, 'El Furia' también lo hizo, muy guapo. Estaban uno al lado del otro y quien cayó fue 'El Furia'. Le abrieron la cabeza en dos. Me acuerdo que empezó a moverse hacia nosotros mientras el comandante seguía disparando. 'El Furia' se*

quedó tirado mirando arriba con los ojos abiertos y botando un líquido por la cabeza. Respiraba maluco. En esos días el patrón estaba bien porque fueron a sacar a los heridos en helicóptero y casi dejamos a 'El Furia' porque todos creímos que estaba muerto".

Al dejar el pabellón de heridos queda la impresión de que la guerra no les dio a estos hombres otra cosa sino congoja, desolación y vacío. Hoy arman historias como que van a recibir 800 mil pesos por cada fusil que entreguen y un trabajo estable. La última imagen que tengo del grupo de heridos es el momento en que tomaban el almuerzo: costilla, arroz y lentejas, todo servido en pequeños platos plásticos. Rumiaban mirando caer la lluvia sobre una apática vaca al lado de una mata de plátano.